

y los pájaros del cielo, y particularmente las palomas que anidaban en los aleros de los tejados, venían a rodearla y a posarse en sus hombros. Viterbo andaba embelasadado con las gracias de la rapazuela, cuyas muñecas y juguetes eran cilicios y recias disciplinas. Extraño espectáculo el de una niña de seis a ocho años, vestida con sayal, descalza, suelto el cabello por los hombros, en las manos un crucifijo, predicando penitencia por calles y plazas. Y a cada prodigio de la parvulilla, la opinión pública de Viterbo, indecisa entre el Papa y el Emperador, se inclinaba a la causa pontifical. Rosa, a quien las monjas Damianitas no habían querido admitir, por su poca edad, en el convento, vivía en su casa en un retiro o celda; y en medio de las lágrimas que regaban sus mejillas infantiles, de los disciplinazos que abrían sus carnes inocentes, de los ayunos que demacraban su organismo no desarrollado aún, su pensamiento no se apartaba de las tribulaciones de la Iglesia: oraba por ella y contra Federico. A los diez años fué a despojarse públicamente de las galas: cortó la selva de rubios bucles, que encerraban como en nimbo de oro su faz; se vistió el tosco hábito de terciaria; se ató al talle el cabestro de un jumento, y desde aquel día empezó a exhortar a la multitud a obedecer a la Santa Sede, a resistir a los cismáticos, que dominaban en la ciudad. La gente se agolpaba para oír las arengas en que un aura tribunicia y patriótica, un generoso soplo de independencia espiritual, competían con la dulzura cristiana. Encendíanse los pechos, perdía terreno el César. El padre de Rosa temió la venganza de las autoridades, y airado contra la tierna agitadora, la agarró del pelo y la abofeteó y arrastró denostándola. Rosa sufrió en silencio y mansamente el mal trato, y continuó con sus predicaciones, subiéndose a los poyos para ser mejor oída, entrando en los templos y concitando, bajo sus bóvedas, la in-

dignación popular contra el enemigo de la fe. El gobernador de la plaza, no atreviéndose a condenar al tajo aquella gentil cabeza, quiso, no obstante, que pereciese la candorosa y temible adversaria del Emperador, y tratándola de embaucadora, visionaria y fanática, la ordenó salir instantáneamente de la villa, sin dejarla abrigarse, en crudísima noche de invierno, esperando que la nieve que caía fuese su sudario, y los lobos hambrientos sus enterradores. Mil veces, hasta la aurora, estuvo Rosa a punto de rodar a un precipicio o de sumirse en un pantano: al fin vió lucir la mañana, y su primer idea, al encontrar refugio en un pueblecillo, fué encaramarse a un tablado en la plaza pública y pedir a los habitantes auxilio para el Vicario de Cristo, perseguido por el cisma. Así anduvo recorriendo ciudades y caserios, incansable en su tarea de incitar a Italia contra el opresor alemán, arrancando lágrimas con su juventud y la ascética hermosura de su semblante, gritos de entusiasmo con su inflamada elocuencia. Viendo en un pueblo que una vieja predicadora adicta a Federico alborotaba a la muchedumbre en favor del César, se ofreció a discutir con ella y convencerla: una fresquísima primavera arguyendo a un invierno árido. Al fin, como no se retractaba la vieja, Rosa apeló al fuego, entrando por una hoguera encendida, sin que las llamas ofendiesen ni el pelo de su ropa. Muerto Federico, pudo el Papa volver a Italia, Rosa a su villa natal, y Viterbo la recibió en triunfo, al repique de las campanas, al eco de músicas y vítores. Pero Rosa sentía que, no existiendo ya el perseguidor de la Iglesia, la defensora del pontificado había terminado también su labor en el mundo. Sustrayéndose al amor popular, que la aclamaba, buscó el retiro de un claustro. En ningún convento la quisieron recibir, porque asustaba lo extraordinario de la vocación y de la persona de Rosa. Profetizó entonces que si las

monjas no la acogían viva, no se librarían de albergarla difunta: se dispuso a morir serenamente, y a poco entregó el alma. Tenía diez y siete años. Sobre su sepulcro brotó fragante rosa, y su cadáver reposó en efecto en el monasterio de Clarisas, que en señal de veneración impusieron el nombre de la joven Santa al monasterio (25).

Al lado de la figura virginal de Rosa, se destaca la de la arrepentida, la Magdalena de la Edad Media, Margarita de Cortona. La misma poesía dolorosa de la expiación que embellece a la pecadora del Evangelio, se encuentra en la historia de Margarita. Libre y cortejada en su mocedad, vivió escandalizando a Albiano con devaneos públicos y amoríos con un mozo noble, libertino y espadachín. Una noche esperó en vano al amante, que no acudía a la cita; turbada e inquieta, guiada por los ladridos plañideros de una perrilla muy favorita del galán, rastreó las huellas de éste, y le encontró en un lugar desierto, bajo un haz de paja, cosido a cuchilladas, ya fétido e hirviendo en gusanos. Cuando Margarita hubo dado rienda a la desesperación, cortándose el cabello, pisoteado sus adornos, pedido perdón a sus padres y a Albiano todo de su conducta, herido el rostro con las manos, arrastrándose a los pies de los hombres en demanda de piedad y redención, se encontró con que éstos, que liviana la festejaron, la rechazaban penitente; tuvo que sufrir injurias, repulsas del padre, fierezas de la madrastra, y al fin fué arrojada ignominiosamente de la casa paterna, con su hijo, a que mendigase el pan. Entonces la desamparada mujer, estrechando al fruto de sus entrañas, se sentó bajo un árbol, y miró al mundo, y se encontró tan sola, que su alma se despedazaba de dolor. En aquel abandono, vió de pronto ante sí al mismo Jesucristo, que la prometía ayuda, consuelo, misericordia. Al eco de la voz del Redentor, Margarita se alzó en busca

de un asilo: lo halló en Cortona. Los franciscanos, desconfiando al pronto de su conversión, acabaron por ceñirla el cordón de la Tercera Orden y recoger al niño en el convento. Margarita lloraba día y noche; estremecían sus horribles penitencias; intentó cortarse los labios para destruir su peligrosa hermosura; en alta voz se acusaba de sus extravíos, y cuando la gente la miraba con desprecio, se alegraba, sintiendo el brazo de Jesús que la sostenía amorosamente. En los días solemnes de la Pasión, Margarita iba tras de Jesús por la vía del Calvario; experimentaba las angustias de las santas mujeres ante los tormentos del pretorio y de la Cruz; y, como Magdalena, preguntaba a cuantos hallaba por el paradero de su Amado (26).

Bajo la regia púrpura se ocultó el humilde cordón de penitencia. Isabel de Portugal (27), casada en tierna edad con Dionisio, era víctima de las celosas sospechas de éste. Desconfiaba, sobre todo, el monarca de un pajecillo devoto y humilde, a quien distinguía la Reina. Dionisio envió al mancebo a un mensaje, haciéndole portador de una carta como la de Urías, que sentenciaba al que la entregase a perecer tostado en un horno. Por extrañas peripecias no fué el pajecillo favorito de Isabel el que llevó la misiva y murió abrasado, sino otro paje, envidioso y maldiciente, que había sugerido sus recelos al Rey; y al saber el providencial error, Dionisio imploró el perdón de Dios y de su esposa. Cuando Isabel hubo enviudado, descubrió el hábito de terciaria, usándolo en público durante el resto de sus ejemplares días. ¿Qué decir de otra Isabel de la misma estirpe, la dulce landgravesa de Turingia, que haya omitido su biógrafo Montalembert? En la catedral gótica de Marburgo, entre los esplendores de la airosa fábrica, perteneciente a lo más fino del arte ojival, acertó el conde de Montalembert, viajero que iba allí en bus-

ca de recuerdos e impresiones, a divisar una estatua de mujer, de líneas puras y delicadas, ceñida a un pilar por el angosto plegado del traje que caracteriza a las esculturas hasta el siglo XV; vió allí también cuadros en tabla, ya denegridos y confusos, relieves desperfilados e inciertos, y su soñadora fantasía, su alma de artista, evocaron la memoria de santa Isabel, y de la visita a la catedral de Marburgo nació un libro hoy célebre (28). Declara Montalembert, en frases conmovedoras, la melancolía que le inspiró ver el templo de la Santa de Turingia sellado con el abandono, desnudez y soledad propias del culto protestante; los altares, desiertos y desguarnecidos en el día de la festividad de Isabel; vació el cofre de plata de donde un descendiente de la Santa, adicto a la Reforma, extrajo las cenizas venerables para aventarlas con furia; y, finalmente, el pueblo, tan caro a la buena duquesa, y ya olvidado de su nombre y devoción. No es maravilla que una mente de artista y poeta se enamore del encanto de la vida y carácter de Isabel de Hungría. La mujer joven y de angélica hermosura, a quien Murillo representó en el acto sublime de lavar con sus aristocráticas manos las costras que cubren la cabeza de un muchacho mendigo, es de los tipos más interesantes que ofrece la Edad Media. Hija de reyes, desposada cuando mamaba, enviada a los cuatro años de edad a la corte del padre de su esposo, como arbusto exótico que tempranamente es trasplantado para habituarlo a más riguroso clima; colocada entre la seca y despótica autoridad de su suegra y la envidiosa malevolencia de su cuñada, ya desde la niñez el destino de Isabel atrae y conmueve. A los cinco años la vemos pedir misericordia para los verdugos de su madre, alevosamente asesinada; y cuando por muerte de su buen padre político el duque Hernán queda a merced de cuñada y suegra, comienza a ser objeto

de mofa sus precoces devociones, de burla su modestia. Pero el hermano, el elegido de su corazón, el joven duque Luis, no desampara a su tierna novia, y enviándola un precioso joyel, la promete el cariño conyugal que sólo interrumpió la muerte. Luis e Isabel dieron a Turingia el espectáculo de la unión de dos almas santas: pero Luis se inclinaba a la virtud viril de la justicia; y aun por eso, siendo Luis tan ilustre príncipe, Isabel le aventaja muchos quilates en santidad. Mientras Luis reprimía a los blasfemos, a los usureros; mientras limpiaba a Turingia de malhechores y gente perdida, Isabel curaba las llagas de los leprosos, asistía a los niños enfermos con regalos de madre, se privaba de lo más necesario para remediar las estrecheces del pueblo. Su alma fué sujeta a pruebas que la acendrarón más aún. A los veintiún años perdió al esposo ejemplar y único, arrebatado por perniciosas calenturas en la Cruzada, y los hermanos del duque Luis, usurpando el poder, arrojaron a Isabel y sus hijos del palacio. Hallóse la duquesa de Turingia sola, en la calle, rodeada de criaturas transidas de frío y sueño; y cual si los corazones del pueblo ingrato fuesen pedernal, no hubo quien la abriese la puerta y la diese un rincón junto al fuego; aquella noche los herederos de la corona de Turingia y la viuda del duque reposaron en una pocilga. Cuando al amanecer oyó Isabel la campana de un convento de Franciscanos, corrió a él, llevando de la mano a los inocentes niños hambrientos, e imploró una limosna; los pobres de profesión socorrieron aquella mendicidad regia, a riesgo de concitar las iras de los usurpadores (29). Era tal el desamparo de Isabel, que hasta una malvada vieja, a la cual por señas había mantenido en los hospitales de su fundación, osó arrojarla en el lodo de la calle cubriéndola de dicterios: y era su ánimo tan grande, que se alzó de la charca con la sonrisa del perdón en

los labios. Más tarde, cuando después de sufrir largas tribulaciones volvió Isabel a poseer su rango en la corte y su mismo cuñado Enrique se arrepintió de la maldad cometida, se la vió renunciar al poder, reirse de las vanidades, resistirse a nuevas nupcias, y morir a los cinco lustros no cumplidos, después de una existencia que envidian los serafines. Isabel fué la que primero vistió en Alemania el hábito de la Tercera Orden, y en verdad que realiza el ideal de la institución de Francisco; esposa amante, madre entrañable, gobernadora piadosa de sus reinos, las amables virtudes del mundo se unieron con las altas perfecciones del claustro para coronar su frente (30).

La Orden Tercera contó en el siglo XIV con Angela de Foligno, escritora mística, cuyos libros, aprobados por la Iglesia, corren en varias lenguas; cuya razón investigadora se paró a considerar gravemente los problemas de la naturaleza y de la gracia, de la eternidad y del tiempo. En la misma centuria florecieron Cristina Maccaboi, cabeza de una congregación de Terceras, y Micaelina Metelli, que repartió sus bienes a los menesterosos, quedándose con sólo la ropa que llevaba puesta; Juana María de Maillé, que usando públicamente el hábito de penitencia, edificó a Tours; Isabel *la Buena*, admiración de la villa de Constanza; Delfina, la ideal consorte de Elceario, que fué sepultada al lado de la tumba de su marido, con el sayal franciscano.

Adelantando el siglo XV, aparecen: Angelina, condesa de Civitella, cuyo sarcófago sudó gotas de sangre al entrar los turcos en Constantinopla; Isabel Amerina y la pía Paula Gambará. Angela Merici, fundadora de las Ursulinas, corresponde al XVI, así como Jacinta Mariscotti, doncella orgullosa y mundana, que despertándose, a los veinte abriles, de sus sueños de vanidad, vivió cuidando a los enfermos con total abnegación, y la noble viuda Luisa Albe-

roni, cuyo monumento funerario ideó Bernino. Aun en los siglos XVII y XVIII no se interrumpe la gloriosa tradición de la Orden. En 1667 muere en España Juana de la Cruz, notable autobiógrafa: a la misma era pertenecen: Beatriz de Langa, que produjo varios libros de piedad; Isabel de la Paz, enterada en el convento de San Diego de Murcia, poetisa y escritora insigne; Isabel de Medina, autora de epístolas ascéticas.

El siglo XVII fué también testigo del martirio de tres valerosas hermanas terciarias japonesas: la raza asiática no desmintió en las mujeres su firmeza para el testimonio de la fe; perecieron todas tres en las llamas, entonando en alta voz las letanías.

Finalmente, en 1715 nace en Nápoles Francisca de las Cinco Llagas, cuyo cuerpo sufrió los dolores, desgarramientos y torturas de la redentora Pasión.

Contemplando la áurea cadena que forman al través de las edades las almas de estas mujeres unidas por el pensamiento de Francisco, aprenderemos a tener confianza en el inmortal espíritu que sopla donde quiere y desciende sobre toda carne. Aun cuando el escalpelo agudo y las finas pinzas del anatómico y del fisiólogo disequen uno por uno los nervios, los tejidos, las fibras del cuerpo femenino, penetrando hasta los últimos grupos de células y los centros nerviosos más complicados; aunque pesando el cerebro y analizando el organismo de la mujer, intenten demostrar que en vaso tan frágil no habita un alma igual a la del varón, cualquiera de los nombres que han llenado estas páginas—Clara, Rosa de Viterbo, Isabel de Hungría—desmentiría tal afirmación. La mujer, que conquistó su personalidad al venir al mundo la ley de amor, mantendrá, gracias a esta ley, el derecho contra el concepto materialista que en nuestros días la amenaza con nueva esclavitud.

Antes de perder de vista las graciosas o heroicas

figuras que en este capítulo nos acompañaron, recordemos que Francisco, como Jesucristo, halló en las mujeres corazones prontos a la simpatía, capaces de comprenderle y seguirle hasta la muerte. Ya en los antiguos libros de las Sibilas parece que están consignados vagos presagios del papel que Francisco había de representar en la historia: diez años antes de que naciese el Santo de Umbría, vióle en espíritu Hildegarda, sosteniendo y consolando a la Iglesia de Dios (31); Clara suspiraba por Francisco sin haberle conocido aún; Jacoba de Sietesolios ungió y enjugó sus llagados pies, como Magdalena los del Nazareno, y fué su amparadora, sierva y amiga hasta después de la muerte; y por último, cuando al empezar Francisco su transformación, padre, hermanos, consocios, el mundo entero, le befaba y escarnecía, sólo hubo un alma que vibrase al compás de la suya, un ser que no le repelía: su madre.

NOTAS

(1) Quedan de Santa Hildegarda varios libros de *Revelaciones*, ricos en doctrina. Falleció en el último tercio del siglo XII, y la Iglesia celebra su fiesta el 17 de Septiembre.

(2) No hay que confundir a estas beguinas condenadas por el Concilio de Viena, y que profesaban el iluminismo, el quietismo y otras supersticiones, con las beguinas que fundó Lamberto el Tartamudo en Lieja en el siglo XII, y que subsistieron y subsisten aún hoy aprobadas por la Iglesia. Sus monasterios, en Gante y Brujas, son una curiosidad para el viajero.

(3) Sabida es la sumisión y el entusiasmo que Tanquelineo halló en sus prosélitas. A una señal suya todas le ofrecieron las joyas que llevaban puestas, como regalo de boda en sus sacrílegos desposorios.

(4) Santa Clara y San Francisco recibieron las aguas del bautismo en una misma pila.

(5) *Ha mangiato tutta la notte piombo, non fa quindi meraviglia se pesa tanto.*

(6) En San Damián se guardan los restos de Santa Clara, y con ellos un anillo dado por Inocencio IV cuando comió en el monasterio. Vese también tapiada la puerta por donde salió Clara con el Sacramento a alejar a los sarracenos.

(7) "Habiendo comenzado los frailes Menores (en el entierro de Clara) el oficio de difuntos, el Papa quería que se cantase el de las Vírgenes, como para canonizar de antemano a la Santa; pero el Cardenal de Ostia le representó que no convenía apresurarse tanto." (Rohrbacher, *Histoire de l'Église catholique*, T. XVIII, pág. 583.)

(8) Este privilegio, escrito todo de la mano apostólica, parece ser único en los anales de la Iglesia.

(9) *Fioretti di S. Francesco*, cap. xv.

(10) Celébrase la fiesta de Santa Inés el 16 de Noviembre.

(11) Fundó la abadía de Longchamps. Declaróla bienaventurada León X.

(12) A Inés de Bohemia la escribió Santa Clara bellas epístolas. Trasladamos para muestra de su estilo el encabezado de una:—"A la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, a la serenísima reina Inés, mi carísima madre e hija especialmente querida sobre todas: Clara, indigna sierva de Cristo, y sierva inútil de sus siervas, que habitan el monasterio de San Damián, manda salud y gracia de cantar con las otras vírgenes santas el nuevo cántico delante del trono de Dios y del Cordero, y de seguirle adondequiera que vaya."

(13) "Algunos sacerdotes alzaron contra ella acusaciones de herejía: predicaba el radicalismo de la pobreza, del desprendimiento, de la abnegación absoluta: debía, pues, estar tocada de la herejía de los Husitas." (Chavin de Malán, *Histoire de Saint Franç. d'Assise*, cap. iv.)

(14) Escribió Santa Catalina de Bolonia los tratados siguientes: *Las siete armas para la batalla espiritual*, *De algunas particulares revelaciones*, *Opúsculos varios en prosa y verso*, *Rosario métrico de la vida de la Virgen*

María y de los misterios de la Pasión de Cristo. (Consta este último de 5,610 hexámetros latinos, que todos terminan en la sílaba *is*, es decir, *Jesus*.)

(15) Posteriormente a la primera edición de *San Francisco de Asís*, vieron la luz las Cartas de la Venerable, con prólogo de D. Francisco Silvela.

(16) *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia: historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su esclava sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Agreda, de la provincia de Burgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre San Francisco: para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica y confianza de los mortales*.

(17) Después de muerta la Venerable, el general de la Orden Franciscana trató de examinar minuciosamente sus escritos, a cuyo efecto se juntaron ocho teólogos franciscanos. Varios meses invirtieron en el examen, resultando aprobados los libros y encargados de comentarlos y anotarlos los doctos Jiménez Samaniego y Sendín Calderón. Ya en vida de la Venerable había mandado Felipe IV sus libros a la censura de varios teólogos y obispos que los aprobaron y admiraron. Hízose la primera edición de la *Mística ciudad de Dios* el año de 1670 en Madrid. Cuarenta años después había sido reimpresa en Barcelona, en Valencia, en Amberes, en Marsella, en Pánormo, en Milán, en Trento en Bruselas en Aversa y en Augsburgo, y traducida a cuatro idiomas vivos y al latín, sin que en ello interviniesen los franciscanos, sino por el renombre de la obra. Al hacerse la edición de Madrid fué denunciada a la Inquisición, denuncia que dió origen al larguísimo y célebre juicio que sigue. La Inquisición examinó la obra siete años: después presentó a los franciscanos las objeciones que se le ofrecían: ésta dió

sus respuestas: formóse junta de inquisidores calificados: cinco años duró el examen nuevo: al cabo paró en aprobar la obra. Los émulos de la Venerable la denunciaron entonces a la Inquisición de Roma: prohibió ésta la *Mística Ciudad*; pero a los cinco meses alzó la censura el Papa. Entonces los adversarios acudieron a la Sorbona, que después de apasionada contienda, en que llegaron a formarse dos bandos, llamados de *Agredistas* y *Anti-agredistas*, tachó varias proposiciones y condenó la *Mística Ciudad*. Comenzaron a llover apologías e impugnaciones. Carlos II ordenó a las Universidades primadas del reino examinasen la obra, y Salamanca y Alcalá la aprobaron unánimes; Inocencio XII, en vista de ello, reservó esta causa para su particular decisión. Clemente XI ordenó borrar la *Mística Ciudad* del Índice de los libros prohibidos, en que por descuido aún andaba. La Universidad de Lovaina la estudió y aprobó a su vez. Por todo el siglo XVIII continuó, no obstante, la discusión acerca de los escritos de la Venerable: hubo ataques sañudos y vigorosas réplicas: la fama del extraordinario libro llenaba a Europa. Tradújose no sólo a las lenguas más generalmente conocidas, sino a algunas tan extrañas como la griega y arábica. Fuera interminable el catálogo de los insignes defensores de esta obra. En cuanto al espíritu de ella, consta del examen que la autora siguió en muchos puntos a Santo Tomás; en algunos, pero contados, a Escoto. Nos hemos extendido en referir las vicisitudes de la *Mística Ciudad de Dios*, porque aparte del valor intrínseco de la obra, ellas solas bastan para darle interés singular.

(18) La obra de la venerable madre sor María de la Angustia se titula: *Desengaño de religiosos y de almas que tratan de virtud*. Forma un voluminoso infolio.

(19) Natural de Getafe, religiosa de las Descalzas de Manila.

(20) Religiosa en el propio convento de Descalzas manileñas.

(21) Abadesa del mismo convento de Manila.

(22) Escribió su vida el padre Rodríguez de Cisneros.

(23) *Timeo ne dum Deus nobis abstulit uxores, diabolus nobis procuraverit sorores.*

(24) Dice así:—"A la carísima hermana Clara y a las demás hermanas de San Damián: Francisco, salud en Jesucristo. Ya que por divina disposición os habéis hecho hijas y siervas del Altísimo, del Rey supremo, del celeste Padre, y habéis elegido al Espíritu Santo por Esposo vuestro, a fin de vivir según la perfección del Evangelio, os prometo tener siempre cuidado de vosotras, bien en persona, bien por medio de mis frailes, con la misma solícitud y vigilancia que por ellos debo tener. Os saludo en el Señor."

(25) Santa Rosa de Viterbo fué canonizada por Calixto III. Aunque Rohrbacher no le da sino doce o trece años de vida, la opinión más común de los autores es que murió a los diez y siete años.

(26) Santa Margarita de Cortona fué canonizada por Benedicto XIII.

(27) Santa Isabel de Portugal fué canonizada por Urbano VIII. Era hija de Pedro III de Aragón y biznietta de Federico II de Alemania. La admirable prudencia de su reinado hace de ella un cumplido modelo de *mujer fuerte*.

(28) *Historia de Santa Isabel de Hungría, duquesa de Turingia*, por el conde de Montalembert, par de Francia.

(29) La primera idea de Isabel, al entrar en el convento, fué rogar a los frailes cantasen el *Te Deum*, en acción de gracias por la tribulación sufrida.

(30) Santa Isabel de Hungría pasó de este mundo el 19 de Noviembre de 1231. Al ser trasladado su cuerpo, un año después, el emperador Federico II, que viuda la había pretendido en casamiento, se acercó descalzo y vestido de sayal a depositar una corona sobre la frente del cadáver, diciendo que pues no pudo coronarla emperatriz de sus Estados en vida, la coronaría reina del cielo en muerte. Uno de los pormenores más poéticos y legendarios de la historia de Isabel es el célebre certamen de la *Wartburga*, que precedió a su nacimiento y que refiere Rohrbacher en los mismos términos que Montalembert.

(31) En este siglo se cuenta entre las Terciarias a la célebre estigmatizada de Bois de Haine, Luisa Lateau, y a otra estigmatizada en Oria (Italia), cuyo nombre es Palma.

(32) He aquí cómo se refiere la profecía de Santa Hildegarda: *Vidit Sanctan Hildegardis in spiritum. Ecclesia Dei facie quidem pulcherriman, sed pulvere plenam, dicentem sibi; Vulpes foveas habent, volucres cæli nidos; ego autem adjutorem non habeo, nec baculum, super quem incumbam, et a quo sustenter: statimque suscitabit sibi brachium Domini Pauperem, et sustentaculum Ecclesiæ Sanctum Franciscum.*

CAPITULO IV

SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo.—Los monjes.—La Edad Media y el Renacimiento.—Los solitarios del yermo.—Plenitud de amor en San Francisco.—Los corderos y las aves.—El hermano Lobo.—El misterio del pesebre.—El himno.—Las alondras.

¡Oh sencilla piedad, oh pia simplicidad!

(Tomás de Celano.)

Acusan hoy a la Edad Media de haber mortificado, desdeñado, maldecido la naturaleza; de haber cubierto con crespón fúnebre sus galas; de no haber sentido sus atractivos, ni amado su hermosura, ni deleitándose con su variedad incesante, ni gozado de su armonía y sublimidad; aserto que, a fuerza de repetirlo, pasa por dogma, siendo frecuente dividir la Historia en tres grandes períodos: la antigüedad clásica, que amó la naturaleza; la Edad Media, que la aborreció, y la Edad Moderna, que la hizo renacer. Fácil criterio en verdad, que presto se aprende y sirve de clave elemental para descifrar todos los enigmas, de hilo conductor al través de todos los laberintos de la Historia: explicación sumaria, que se completa con la añadidura de que el Cristianismo fué